



Homilía

Fiesta de la Sagrada Familia

Santa Iglesia Catedral, 26 de diciembre de 2010

Sr. Vicario de Pastoral; Sr. Deán; hermanos sacerdotes; Sres. Delegados de Pastoral Familiar, Apostolado Seglar y demás representantes de Instituciones Diocesanas; queridas familias: padres, jóvenes, niños..; hermanos todos en el Señor:

La Iglesia, al celebrar inmediatamente después de la Navidad la **Fiesta de la Sagrada Familia**, nos invita a seguir poniendo la mirada en esa pequeña comunidad de **“vida y amor”** que comenzó en Nazaret y se ha completado en Belén con el nacimiento de Jesús. La Sagrada Familia es una gran catequesis y se convierte en un buen modelo para saber por dónde tenemos que ir y de dónde tenemos que regresar. Nos lo ha recordado Benedicto XVI el pasado mes de Noviembre en Barcelona, durante el rezo del Ángelus ante el templo dedicado a Jesús, María y José:

“en el silencio del hogar de Nazaret, Jesucristo nos ha enseñado, sin palabras, la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia, esperanza de la humanidad”.

Pues bien, teniendo esto presente acudamos a esta escuela de formación para aprender los valores que permiten que el hogar, fundado en el don que Cristo Esposo hace a la comunión indisoluble y abierta a la vida entre un hombre y una mujer, forme parte de la esperanza de los hombres.

Lo primero que descubrimos es que las dificultades, en el marco de la familia, han existido siempre. La vida de José y María, por eso mismo, no fue una vida fácil. A la luz de los relatos de Lucas y Mateo sabemos que conocieron la impotencia de no encontrar sitio en la posada, negándosele así la ayuda necesaria a una joven madre que quería sacar adelante a su hijo; y cuando éste nació, pronto se le tuvo miedo y se decretó tiránicamente su destrucción con la matanza de los inocentes; es decir, tuvieron dificultades de todo tipo: antes de tener que huir a Egipto, durante el tiempo que duró el exilio, y aún después de regresar a la tierra de Israel, habiéndose de retirar a la pequeña y desapercibida aldea de Galilea, como hemos escuchado en el Evangelio:

“...Se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría **nazareno**”

También hoy esta institución humana fundamental vive de nuevo la persecución de quienes tienen miedo a la familia, de quienes no protegen la vida ni respetan verdaderamente la dignidad de todos sus miembros. La narración evangélica nos hace descubrir así el drama de la familia: la continua persecución por parte de los poderes de este mundo; buscan arruinar la construcción divina de este **“icono trinitario”** atacando a su fundamento natural, esto es, el matrimonio y a la maternidad, en pro de un modelo de hombre que no traduce en su integridad el ser **“imagen y semejanza de Dios”**. Es ese el fin que se persigue mediante la imposición por ley de la ideología de género, del aborto y del divorcio exprés.

Pero no hemos venido aquí para hablar de Herodes, sino para aprender de la Sagrada Familia que, que a pesar de las dificultades, brilló con una luz propia: la que queremos que nos alumbre hoy para que el Espíritu de Jesús siga encarnándose entre nosotros **“para la vida del mundo”** (Cf. Jn 6, 51) y los hombres **“glorifiquen a nuestro Padre que está en el cielo”** (Cf. Mt 5, 16).

Resplandece en la familia de Belén que Dios está detrás de su proyecto matrimonial, que esa pequeña comunidad es expresión divina del amor a escala humana y germen fecundo de una humanidad creada a **“imagen y semejanza”** de su Señor. Y que en Cristo se hace portadora del misterio de amor que une a Dios con los hombres. Por eso, la familia es célula fundamental de la Iglesia, pilar de la sociedad y **“esperanza de**

la humanidad” –como reza el lema de la <Subcomisión de Familia y vida>, de la Conferencia Episcopal Española para esta fiesta que estamos celebrando.

Por tanto, queridos hermanos, este modelo de vida cristiana os muestra que vuestro matrimonio está dentro de la voluntad de Dios, que Él respalda vuestro amor, pues os ha llamado a vivir como Iglesia doméstica e irradiar desde ella la fe, la esperanza y la caridad.

Afirmar que el matrimonio y la familia son obras de Dios es tener la certeza de que por muchos ataques que sufran o por graves momentos de crisis que pasen, como la actual, nunca podrán ser destruidas o negadas. Son obras de Dios (Cf. GS 48). Por tanto, esta pequeña comunidad de Nazaret es una fuerza de ánimo a todas las familias y una llamada a no tener miedo, pues la victoria final es de nuestro Dios. Es una invitación a no temer el desafío de Herodes aun cuando ello nos lleve a tener que vivir como exiliados por defender la verdad.

Precisamente, en José y María brilla su apertura a la voluntad de Dios, a cumplirla fiel y prontamente, sabiendo que ella es la expresión del bien para el hombre. **“Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto”**, fueron palabras que San José recibió en sueños como la indicación precisa de ponerse en marcha, al momento y de noche, para proteger la vida de Jesús.

De esta forma, ante las dificultades, la familia cristiana es aquella que sabe que hay que defender el amor que Dios ha depositado en medio de ellos. Es una exhortación a vivir el matrimonio como sacramento, es decir, signo de la presencia de Dios en medio del amor de los esposos.

Bajo este prisma, Belén y Nazaret sigue siendo para nosotros una escuela de amor; del amor **“hasta el extremo”** (Jn 13,1) revelado en Jesús como Hijo del hombre, que no vino a **“ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”** (Cf. Mt 20, 28)

Una escuela de amor que expone claramente que en la vida familiar no prima la lógica del derecho individual a la propia felicidad, sino la lógica del amor en donde cada uno es llevado por la exigencia de donar más que de recibir. Quien más encuentra es aquél que más ha dado sin esperar nada a cambio. Hay una donación total que encuentra su confluencia en la persona del hijo, cuya preocupación los une y por ello están dispuestos a todo tipo de sacrificio.

José y María saben que la razón profunda de su misión radica en la voluntad de Dios, encarnado en ese hijo; por eso Dios y **“llevar a cabo su obra”** –como más tarde dirá Jesús: Jn 4, 34- es lo más importante para ellos. Esa es, entre otras más, una gran asignatura pendiente de muchas familias de hoy que, aún diciéndose cristianas, viven como si no lo fueran; que han silenciado excesivamente los valores fundamentales en la educación, en la transmisión y vivencia de la fe. Familias que, debido a la presión social o a diversas circunstancias, han dejado de ser lo que era genuino en ella: escuela del amor de Dios.

Pues bien, a todos viene hoy la Sagrada Familia, en este tiempo de Navidad, a ayudarnos a vivir en un mundo secularizado lleno como entonces de Herodes y poderes del mundo que quieren silenciar la Palabra de Dios. A toda la Iglesia, la familia de Nazaret nos alienta a ser testigos del amor de Dios, a descubrir la gracia de ser cristianos y a mostrar el tesoro de la familia cristiana como sacramento del amor que la humanidad espera ver hecho carne en personas concretas.

Por lo tanto, hermanos, qué grande es saberse dentro del plan de Dios, de su designio de salvación para todos los hombres, que pasa por la comunión estable y fiel de un hombre y una mujer, que en donación total se abren confiadamente a la vida y al futuro, formando una pequeña comunidad de vida y amor.

Ahora podemos entender que frente a los poderes de este mundo, a los que sólo les interesa el tener y el poder, la familia es la esperanza de la humanidad. Toda sociedad que quiera crecer en justicia, verdad y humanidad tiene que contar con esa gran escuela (fuente de virtudes, actitudes, valores, fe y alegría). Una buena familia, no tiene precio. Donde ella acaba comienza la soledad y la marginación. Al igual que una célula, cuando está sana hace posible la salud y el vigor de toda la comunidad civil. La familia enferma, por el contrario, desintegra y desvertebra el conjunto de la sociedad. Por esta causa es el más importante bien social. La familia, como corazón de la sociedad, se halla en la entraña del bien común que debe ser protegido y promovido.

Por eso, queridos hermanos, con esta celebración queremos manifestar que la familia no es una institución sólo de otros tiempos ya pasados, sino que su valor es permanente, el mundo sigue necesitando la

presencia de la familia en la que la vida de los hombres nace como don, crece como empeño, y tras hacer todo bien posible entre esfuerzos y desvelos concluya su etapa terrena para seguir la eterna del cielo.

Así lo ha querido Dios y esa misión se nos ha confiado. Podríamos recordar aquí a Juan Pablo II cuando exhortaba a las familias a ser **“sal, luz y fermento”** en esta generación y a estar siempre dispuestas siempre a dar testimonio de nuestra esperanza (cf. 1 P 3, 15). Benedicto XVI nos transmitía en Barcelona el mismo mensaje, con palabras que encuentran su verdadero contexto en este tiempo de Navidad que estamos viviendo:

“...he tenido el enorme gozo de dedicar este templo a quien siendo Hijo del Altísimo, se anonadó haciéndose hombre y, al amparo de José y María, en el silencio del hogar de Nazaret, nos ha enseñado sin palabras, la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia... Nos ha enseñado también que toda la Iglesia, escuchando y cumpliendo su Palabra, se convierte en su Familia. Y más aún nos ha encomendado ser semilla de fraternidad que sembrada en todos los corazones aliente la esperanza”

Y para ser fortalecidos en esta misión, acudamos a este Belén eucarístico que encontramos cada Domingo en la Iglesia. La Misa en familia es para todos la oportunidad de sentirnos llamados por el mismo Jesús a ser testigos de su Presencia en el mundo y al mismo tiempo, ser alimentados por el Pan que da la vida al mundo, fortalece la fe y engrandece la esperanza. Que la Virgen María, **“Reina de la familia”** os acompañe en la misión para hacer siempre lo que **“El os diga”**. Terminemos con las palabras que hemos ido repitiendo en el Salmo responsorial: **“Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos”**. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez